

Es el Invierno

ALBERTO PAREDES

Es la historia de un eco. Había salido de mi cuarto en Lisboa para acercarme al rostro del Invierno. El Norte; me preguntaba lo que sería aun más allá de las mañanas cenizas, las tardes inmóviles, oxidadas, y las noches ahogadas en ventisca de mi ciudad transitoria. Llegué a las Midwest Lands, para recibir el sino de enero, al norte de Londres, en el *bungalow* de mi hermana. Cada mañana se desplegaría, casi puro y gris, el aire de nubes firmemente tramadas entre sí. Difícil nombrar matices de ese cielo; el horizonte borrado, escamoteado. Tal si un lodo fantasma, marchito, lo estuviera carcomiendo y nosotros apenas lo sospecháramos de lejos sin poder acercarnos a ofrecerle el viático. Nada. El horizonte es una Nada trizada. Nos estremece, ahuyenta los ciervos y ardillas —estupefactos de no tener campos nuevos donde entibiarse—, aprieta la garganta diminuta de los pájaros que no habían migrado, y nos hunde en la cueva de enero.

Manchas verduscas, pálidas, tenaces: el bosque, los prados. “Mira cómo el césped no se marchita, aunque todas las noches hiele, y las pocas horas de sol no derritan los cristales”, me dice mi hermana, desde sus ventanas. “También los árboles y los arbustos resisten. Es el Invierno. La vida se amortigua pero no desaparece”, respondo, tal vez sin hablar. “Las noches empiezan a las cinco y media; apresúrate a comprar pan y leche. Después, sólo los bares y el cine quedan abiertos.”

El sol —lo sabemos— no calienta; sólo hiende algunos rayones muy oblicuos, de un amarillo gastado, casi mostaza. Cada mañana, el espejo insiste en demacrar nuestros gestos y en apagar nuestra epidermis, como si empezase a estar hecha de una película ósea. Las lluvias son una lija inconjurable que nos hace comprender el frío bajo todos los escondrijos de nuestro cuerpo ya nunca desnudo. Pues ellas, las lluvias, gobiernan este mes. Están dentro de nosotros, aun en nuestros cuartos con calefacción. Manan cuerpo adentro, cuando comemos, cuando nos

obligamos a conversar, cuando nos inmovilizamos en la cama, en espera del próximo amanecer de hielo.

“Ya no recuerdo lo que es el calor —le digo desde la ventanilla del tren en que parto—. No puedo recordar la última vez que vi mis brazos. ¿Qué era el sudor?, ¿cómo fermenta y estruja la ropa, mojándola? ¿Recuerdas que el exceso de calor atonta y lo derrumba a uno, aunque se siga en pie, en un vértigo fangoso?, ¿que los huesos, a diferencia de ahora que se crispan y astillan, pierden firmeza y parecen desaparecer como disueltos en lama?” El tren se pone en marcha, y alguno de los dos dice: “No importa, habrá primavera... faltan meses, faltan jornadas de hielo, pero la gente de aquí habla de tardes que acaban a las diez de la noche, de estos jardines inundados de pájaros que regresan, abundantes, endulzando el aire; flores llameando a la orilla del camino”.

Entonces el eco —ya infinito—: “No quiero que te vayas mañana”. Empiezo a mirarme en la ventanilla del tren, y lo sé: he olvidado el calor. ~

